

El libro “La Mujer en el Mundo Grecorromano (s. I d.C.). Sociedad civil *versus* iglesias de San Pablo” es la publicación de mi tesina de licenciatura. ¿Por qué escogí realizar la investigación sobre el papel que desempeñaban las mujeres en la Iglesia primitiva? ¿Tienen algo que decirnos las mujeres cristianas del siglo I a las del siglo XXI?

El tema de la participación de la mujer en la Iglesia, es un asunto que en aquel momento, cuando acabé la carrera, me interpelaba –y me sigue interpelando a día de hoy- como mujer, como cristiana y como hija de la Iglesia Católica.

El papa Francisco está mostrando una preocupación sincera sobre el lugar que nos corresponde hoy a las mujeres en la Iglesia. Si me permitís, voy a hacer un breve recorrido por diferentes documentos entresacando palabras pronunciadas por Francisco que nos permiten ver con claridad el interés sincero del Papa en lo que se refiere al papel que la mujer desempeña hoy y el que debería desempeñar en la Iglesia.

La primera vez que Francisco muestra su sincera preocupación por la “cuestión femenina”- expresión acuñada durante el pontificado de Juan Pablo II- fue en el año 2013. Francisco dirá, entre otras cosas, que el papel de la mujer en la Iglesia no puede quedarse sólo en lectora, monaguilla o Presidenta de Cáritas, sino que debe ir mucho más allá. El papel de la mujer en la Iglesia hay que interpretarlo en la perspectiva de las decisiones arriesgadas. Hay que hacer, dice el Santo Padre, “*una profunda Teología de la mujer*”¹ que explicita el papel que nos toca jugar hoy a todas en la comunidad eclesial. Sólo un mes después, dirá: “*Sufro, lo digo de verdad, cuando veo en la Iglesia o en algunas organizaciones eclesiales que la función de servicio de la mujer – que todos debemos tener- se transforma en un papel de servidumbre*”².

El Santo Padre volverá a manifestar su preocupación por la mujer en diferentes discursos en los años subsiguientes, en uno de los cuales llegará incluso a afirmar que “*la mujer es más importante que los sacerdotes y los obispos, porque María era más importante que los apóstoles. Falta una explicitación*

¹ Conferencia del Santo Padre Francisco durante el vuelo de regreso a Roma. (28 de julio de 2013)

² Audiencia a los participantes del seminario organizado por el Pontificio Consejo para los Laicos con ocasión del XXV aniversario de “*Mulieris dignitatem*” (13 de octubre de 2013)

teológica de esto”³. En 2016, Francisco dirá: “*El papel de la mujer en la Iglesia no es fruto del feminismo, ¡es un derecho! –exclama- Es un derecho de bautizada, con los carismas y los dones que el Espíritu le ha dado*”.⁴

No se trata, pues, del reconocimiento de un derecho que viene dado desde fuera, ni de un logro del feminismo, sino que se encuentra en la esencia misma del cristianismo.

Vayamos pues a esa esencia misma. Demos un salto de 20 siglos hacia atrás en la historia para situarnos en Israel –provincia romana de Palestina- en el siglo I. ¿Cómo era la vida de las mujeres en aquel tiempo?

Nos situamos en una sociedad patriarcal, como ocurría en todo el mundo grecorromano. Las niñas judías, aproximadamente a los 12 años y medio, coincidiendo más o menos con el tiempo de la menarquia, contraían matrimonio concertado por su padre o, si este había muerto, por sus parientes varones más próximos. Con el matrimonio, la joven pasaba de ser propiedad del padre a ser propiedad del marido, el cual podía repudiarla por cualquier causa. Su papel principal consistía en traer hijos al mundo que perpetuasen el linaje de su marido. Excluidas de la vida pública y relegadas a las tareas del hogar, no eran alfabetizadas, ni formadas en la fe de Israel; no podían participar en los oficios sinagogales y en las Sinagogas eran segregadas del resto y relegadas a un lugar secundario. Las palabras de Rabí Jehudda ponen de manifiesto de forma clara la consideración que se tenía de la mujer en Israel: “*Bendito sea Dios que no me hizo pagano; bendito sea Dios que no me hizo mujer; bendito sea Dios, que no me hizo esclavo*”. En el Templo de Jerusalén, y por causa de la impureza de la menstruación, tenían reservado un lugar específico para ellas, el Atrio de las Mujeres, alejado del Santo de los Santos, por si acaso contaminaban con su impureza la Morada de Dios.

En este contexto lleva a cabo su predicación Pablo de Tarso. Fiel seguidor de la novedad radical de Cristo, tuvo en la mujer una amiga, una hermana, una colaboradora más en la misión evangelizadora. No puedo ahora, por economía de espacio, detenerme a abundar en determinados textos que parecen poner en

³ Conferencia del Santo Padre Francisco durante el vuelo de regreso a Roma (28 de julio de 2013)

⁴ Discurso a la Unión Internacional de Superiores Generales [UISG] (12 de mayo de 2016)

entredicho su praxis igualitaria, ni tampoco, por el mismo motivo, detallar una a una todas las mujeres que aparecen en las cartas y en el libro de los Hechos, pero sí me vais a permitir que ponga algunos ejemplos. Dice Pablo en Flp 4, 1-3 a propósito de la rivalidad entre dos mujeres, Evodia y Síntique, *“lucharon por el evangelio a mi lado, lo mismo que Clemente y los demás colaboradores míos”*. Este es un papel de primer orden, pues las coloca al mismo nivel que sus colaboradores varones; Priscila o Prisca antecede a su marido, Áquila, en tres de las cinco veces que los nombra, lo cual es indicativo, según un número importante de exégetas, de que daba mayor relevancia al trabajo de Priscila en la obra misionera. Como último ejemplo, en Rm 16, 1-16 encontramos a Febe, presentada por Pablo ante la comunidad, entre otras cosas, como *“diakonos”*, que significa “servidor”, el mismo vocablo que utiliza Pablo en diversas ocasiones para definir su trabajo y el de sus colaboradores masculinos.

Tras la muerte de Pablo, se produce una regresión hacia la mentalidad patriarcal, restringiéndose así el protagonismo que habría correspondido a las mujeres en los siglos subsiguientes en la comunidad eclesial y del que sí gozaron las mujeres en la iglesia primitiva.

A partir del siglo II, el papel de la mujer en la Iglesia va a quedar oscurecido. No será sino hasta el siglo XIX y principios-mediados del XX cuando en los documentos magisteriales empiecen a aparecer otra vez alusiones a la mujer, manifestándose de forma especialmente fuerte el influjo del Espíritu a partir del año 1983, con Juan Pablo II.

Estoy convencida de que para dilucidar el papel que nos toca jugar hoy a las mujeres en la Iglesia, es necesario un **redescubrimiento** de las fuentes, un profundo, exhaustivo y sosegado estudio de las fuentes. Y con ellas quiero terminar, con unos versículos de la epístola a los Gálatas, en la que Pablo nos muestra que el fundamento de la igualdad hombre-mujer hunde sus raíces en la propia teología del bautismo: *“En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”* (Ga 3,27-28)

